

Somos el fino espacio que hay entre una válvula de escape y una olla express*

Roberto de la Torre¹

Ciudad de México, Méx. (1967)

www.robertodelatorre.com

Frente a la obra controvertida y transgresora de un artista a menudo se alzan algunas voces para cuestionar hasta dónde puede llegar el arte, o en dónde queda la ética. En este sentido, me parece que este cuestionamiento no es congruente, ya que el arte es un concepto mucho más amplio y siempre cambiante de acuerdo a sus tiempos y al contexto social, político e histórico. Normativizar, establecer reglas o juicios de valor en el arte hoy en día sería una contradicción, y si así fuera, sería materia prima para volver a romper y cuestionar dichos estatutos, como en repetidas ocasiones lo hicieron los artistas en décadas anteriores.

¿A qué ética nos estamos refiriendo cuando hacemos un juicio de esta naturaleza sobre las obras que nos parecen incómodas? O, antes incluso, deberíamos preguntarnos: ¿de dónde provienen esos valores morales de los cuales hacemos uso para argumentar lo que es bueno y lo que es malo, lo que debe ser permitido o prohibido?... Al igual que la estética, la ética se forma por el conocimiento, es un concepto que va cambiando con el tiempo y que vamos estructurando en función de la experiencia a priori, de la apreciación subjetiva que el individuo tiene de su entorno conforme va creciendo, y este aprendizaje también estará determinado por las reglas sociales del entorno en donde se desenvuelve. Por lo tanto, cualquier juicio ético, por muy objetivo que se exponga, siempre va a ser indeterminado, subjetivo, y va a estar en dependencia de otros factores como los sociales, políticos, religiosos o los culturales, entre otros.

Ahora bien, qué sucede cuando hay propuestas artísticas que atentan contra la naturaleza de un ser vivo o la integridad del propio autor, que especulan con la desgracias y las miserias de otros, o someten a trabajos extremos y de explotación a diversos individuos a cambio de unas cuantas monedas —entre varios ejemplos más que podríamos dar—. Dejando a un lado cualquier concepto ético, por contradictorio que parezca, ante difícil esta cuestión, mi respuesta es simple: el arte como medio o herramienta nos permite reflejar la vida y el entorno en sus múltiples variables, interpretar lo que nos puede parecer bello o sorprendente, pero también lo que rechazamos o despreciamos. Si hay mierda allá afuera, también procesamos y generamos ideas a partir de la mierda. No hay límites.

Y desde dicha perspectiva me parece congruente trabajar con este tipo de propuestas, que para muchos pueden parecer arrogantes, arriesgadas o controvertidas. En todo caso, la ética y los valores morales recaen en los diversos agentes sociales o grupos de actores que avalan dichos eventos, y especialmente en nosotros como autores intelectuales de la obra; pero no solo como artistas, sino como cualquier individuo que interactúa en una sociedad, en donde también cada uno de los que participamos en estas actividades hemos formado nuestros propios valores y criterios en relación con el entorno y por medio de la experiencia. Así mismo, como entes sociales que somos debemos de ser responsables, conscientes y consecuentes de nuestros propios actos y de las posibles respuestas que estas puedan tener, más allá de si se hacen en nombre del arte o no.

Es extraordinario saber que hoy en día se han roto muchos paradigmas. En diversos periodos de la historia gracias al arte se han transgredido las normas para quebrantar los valores estéticos y éticos que en ese momento prevalecían, o bien para poner en cuestión la doble moral de una sociedad y los intereses mezquinos de un grupo reducido de gente, entre otros muchos temas que nos atañen. Esta situación se ha dado por la sensibilidad, el riesgo, la audacia, la creatividad y la inteligencia de generaciones de intelectuales y creadores que en su momento, por medio del arte, han logrado incidir de forma crítica en su cultura, y al mismo tiempo es la sociedad la que

a lo largo de la historia nos ha dotado de un aura especial y diferente en relación a otras áreas del quehacer humano.

Para la gente común somos una especie de chamanes o «brujos modernos», «seres dotados de capacidades especiales»; para los gobernantes somos algo así como los «emisores y los portadores de su patrimonio cultural como nación», y para los empresarios o más ricos tan solo representamos su «inversión monetaria», su «fetiche». En el arte reafirman su estatus social y su «sofisticación cultural». Pero —de un modo más lírico— también agregaría que los artistas, entre otros factores, somos el fino espacio que hay entre una válvula de escape y una olla express (de presión por calor), que siempre está al límite de explotar: un punto medio en delicado equilibrio para que la energía producida por el vapor fluya sin hacer reventar su contenedor. Por esa razón, en muchas ocasiones nos es permitido llevar a cabo ciertas actividades con menos restricciones dentro del campo de las artes, que para algunos podrían parecer propuestas arriesgadas, irreverentes, polémicas, o hasta inmorales, y que difícilmente sería permitido realizar en otras áreas del trabajo (estarían prohibidas), a menos que se ejecutaran en la clandestinidad, por la vía subalterna de la comunicación, organización y creación.

Pero una cosa no siempre es lo que parece, ni la obra más intransigente lo es tanto. Al hacer una revisión histórica de las artes visuales, es interesante observar cómo en repetidas ocasiones diversas generaciones de autores que en el pasado propusieron obras audaces en oposición al sistema que regía en esos momentos, poniendo en cuestión la moral e ideología de sus tiempos frente a una sociedad conservadora, irónicamente más adelante fueron las propias instituciones del Estado las que acogieron sus obras. Lo que tiempo atrás criticaban o censuraban, pasó de ese modo a formar parte del acervo cultural del que orgullosamente presumen. De tal suerte que hoy en día, en gran medida, los gobiernos exaltan las cualidades de su país y la hegemonía, por medio del deporte y la cultura como espectáculo. Para los políticos los artistas somos una especie de embajadores culturales, y en calidad de tales el gobierno nos promueve y difunde mediante diversos apoyos. Aun cuando

estas mismas entidades públicas y políticas sean tan criticadas en nuestras obras creativas, por muy irreverentes que parezcan, las obras serán ejemplo del nivel de «igualdad, democracia y libre expresión» que existe en nuestra sociedad. Y si a caso hubiera un evento cultural que rebase estos límites de tolerancia y que a los políticos les cause alguna comezón, solo será cuestión de tiempo para que este suceso más adelante forme parte de una exposición en un museo y se integre al acervo cultural del país en cuestión; claro está, dotándole de un nuevo valor monetario. Y no olvidemos que en esta actividad la iniciativa privada, los grupo de élite y las grandes corporaciones juegan un papel preponderante en la toma de decisiones dentro del circuito del arte. Porque son ellos los que especulan con las obras artísticas en función de sus inversiones y ganancias en el mercado global. Por ello no es de extrañar que las obras de los creadores más cotizados en todos los tiempos, siempre van a pertenecer a los países económicamente más desarrollados y fuertes.

Dejando fuera a los artistas y creadores intelectuales que realmente viven en gobiernos sumamente represores y que a diario se juegan la vida por expresar sus ideas, este tipo de actividades aparentemente contestatarias y transgresoras que surgen en el ámbito del arte no dejan de estar dentro del marco de la legalidad. Si hiciéramos un recuento de los artistas que trabajan con estos modelos en países más o menos «estables y democráticos» actualmente, observaremos que son pocos los artistas visuales que realmente han tenido serios problemas por sus creaciones, que han sido censurados, secuestrados o han tenido que huir de su país; y si así fuera, más adelante estas experiencias serán aprovechadas por sus autores y el mercado como un plus para la venta de sus trabajos. Algunas obras serán adquiridas por grandes colecciones y otras colgarán en las paredes de las casas de la gente más pudiente. Lo que en un principio representaba para los gobiernos de turno una «amenaza» o «una propuesta políticamente incorrecta», más adelante será aceptado por la sociedad como si al hacerlo pudiera expiar sus culpas. Es algo así como cuando una nación en el pasado cometió actos de genocidio, décadas después, en reconciliación con la sociedad, levantará su museo de la «memoria y la tolerancia».

Si ponemos los pies en la tierra, y dejamos de concebirnos como seres especiales, asumimos la vida con más humildad o generosidad, y nos olvidamos de jugar a que el mundo nos necesita, al mismo tiempo que nos escondemos detrás de las «faldas del arte», dimensionaremos los posibles alcances, contradicciones y limitaciones que se pueden dar en este campo al abordar temas de carácter crítico frente a la sociedad. De ese modo será factible concebir el arte como un espacio de libre de expresión, intercambio, reflexión, aprendizaje y creación en constante transformación, condicionado por reglas casi siempre sujetas a romperse. Podemos hacer uso de esta plataforma concebida como «arte», para ser críticos e incisivos con nuestra sociedad, con el uso del juego y el sentido del humor como recurso para desestabilizar la razón, y no solo por medio de actos violentos y transgresores que quizá pueden estar bien justificados en los fundamentos de una obra, pero que en otras circunstancias solo se tratarían de fáciles provocaciones que en apariencia pretenden ser subversivas; actos gratuitos que buscan asombrar al más incauto, pero que la vida por sí misma los rebasa, es más inminente y reduce estas propuestas a insulsos gestos.

Para concluir, hoy en día en nuestro papel de artistas tenemos varias ventajas al no pertenecer a una clase social estandarizada. Ello nos hace posicionarnos en la sociedad como un comodín en un juego de naipes, con fines culturales o creativos, sin que esto represente un problema. Podemos relacionarnos tanto con grupos de gentes que pertenecen a esferas sociales de clase alta, como situarnos en los estratos más pobres sin que seamos discriminados, lo que implica, a mi parecer, un privilegio pero también una gran responsabilidad. Por medio del uso del arte como herramienta podemos reinterpretar el mundo en que vivimos, generar conocimiento y aprendizaje, no solo de modo introspectivo, sino también para contribuir en la conciencia social o colectiva, y por qué no, para arremeter contra el mismo sistema que nos proclama como sus artistas a falta de héroes y dioses que justifiquen sus despilfarros, en su voraz depredación, consumo y feroz capitalismo, en un constante juego de tire y afloje.

.....

* Texto de Roberto de la Torre incluido en *Éticas y estéticas*, Revista de Artes Visuales, ERRATA N°9, Diciembre 2012, Colombia, pp. 253 – 257.
https://issuu.com/revistaerrata/docs/errata_9_eticas_y_esteticas_issuu_s

1. **Roberto de la Torre** (México, 1967). Artista visual. Vive y trabaja en la ciudad de México. Estudió Artes Visuales en La Esmeralda y actualmente es docente en dicha escuela. Ha participado en diversos festivales de arte nacionales e internacionales, su obra se ha presentado diecisiete países alrededor del mundo, en regiones como América del Norte, América del Sur, Europa y Asia. En el transcurso de su carrera ha obtenido diversos reconocimientos, apoyos y becas. Sus proyectos han sido publicados en medios locales y extranjeros. Fue cofundador del grupo experimental de arte 19 concreto (1990-1995).
www.robertodelatorre.com / www.robertodelatorre.art